

Sin las viejas torres del puerto y sin el mar, San Malo ofrecería poco interés. En una sinuosidad encontré ayer un animal horriblemente hermoso que las personas del país denominan *sapo de mar*.

Hoy creo que iré á Dinán. No sé bien si el tiempo me dejará llegar á Cherburgo, pero escíbeme siempre allí. Ya me arreglaré de modo que tus cartas lleguen á mi poder si paso por Caén. Acabo de escribir á Boulanger. Y cuento escribir mañana á la señorita Luísa. Dí á los niños que le escriban. Ya sabes que esto le da gusto, y ella es muy buena para ellos.

Espero, Adela mía, que sigas divirtiéndote en Fourqueux. Quiero que te diviertas mucho, y termino besándote tiernamente, así como á nuestros hijos. No olvides saludar á tu padre, y á nuestros buenos amigos Châtillon, Boulanger, Robelín, Gautier, etc.

A LUIS BOULANGER

San Malo.

Hoy he vuelto á ver el mar, mi querido Luis; una pendiente me empuja hacia ella todos los años. Háseme aparecido en el límite del horizonte, dibujando sobre las colinas una línea delgada y verde como la rotura de un vidrio. Era entre Dol y San Malo. Actualmente estoy en San Malo; al llegar, he corrido á arrojar-me al mar; me he bañado y vuelvo presuroso á escribiros empapado aún de la saliva del viejo Océano.

Será absolutamente necesario que vaya á arrancaros de vuestra bella y poderosa obra, y que vengamos juntos á ver todas las grandes cosas que he de contemplar solo y que vería dobladas con vos. ¡Recordáis cuán dichosos éramos en otro tiempo, cuando nuestros paseos de la tarde á través de la llanura de Montrouge! ¿Qué es lo que ocurriría con esta llanura de olas á la vista?

Una villa que es necesario veáis, y que la veáis conmigo, es Fougères. Perdonad esta brusca transición; pero no quiero hablaros más del mar, pues chucharía, y esta carta tendría cien páginas. Pues bien, vengo de Fougères como La Fontaine volvía de Baruch, y de buena gana preguntaría á todo el que encontrase: ¿Habéis visto Fougères?

Toda esta Bretaña, por otra parte, vale la pena de

ser vista. Alguna vez, en un pueblecito, como Lassay, por ejemplo, encontráis de pronto tres admirables castillos en el mismo montón. ¡Pobre Bretaña, que lo ha conservado todo, sus monumentos y sus habitantes, su poesía y su suciedad, su color viejo y su vieja sangre por encima! Lavad los edificios, y son soberbios; en cuanto á los bretones, os desafío á lavarlos. Con frecuencia, en uno de esos bonitos paisajes de malezas, bajo los olmos que se inclinan lascivamente, bajo las grandes encinas que llevan sus inmensas copas de follaje á brazo tendido, en un campo de retamas en flor, del centro del cual vuela á vuestro paso un enorme cuervo barnizado que reluce al sol, divisáis una bonita cabaña que humea placenteramente á través de la hiedra y los rosales; quedáis admirado, y entráis. ¡Ay! Mi pobre Luis, aquella dorada cabaña es un horrible zaquizamí bretón donde los cerdos duermen confundidos con los bretones. Hay que confesar que los cerdos son muy cochinos.

Volvamos á Fougères. Quiero absolutamente que veais Fougères. Figuraos una cuchara; os pido otra vez perdón por este absurdo comienzo. La cuchara es el castillo, el mango es la villa. En el castillo, cubierto de musgo, poned seis torres, todas distintas de forma, de altura y de época; en el mango de la cuchara amontonad una complicación inextricable de torres, de torrecillas, de antiguos muros feudales cargados de viejas techumbres de paja, de piñones dentellados, de puntiagudos tejados, de ventanas de piedra, de calados balcones, de saeteras, de jardines pensiles; unid aquel castillo á esta villa y poned el conjunto en declive y de través en uno de los más verdes y profundos valles que existan. Cortad ese conjunto con las aguas rápidas y encajonadas del Couasnón, sobre el cual charlan noche y día cuatro ó cinco molinos de agua. Haced humear las chimeneas, cantar á las mu-

chachas, gritar á los niños, resonar los yunques, y tendréis á Fougères; ¿qué os parece?

Así la veréis algún día conmigo desde lo alto de la plataforma de la iglesia; y luego la pintaréis, amigo Luis, y la copia será más bella que el original.

Pues bien; en Bretaña hay diez villas como ésta: Vitré, Santa Susana, Mayenne, Dinán, Lamballe, etc.; y cuando decís á los estúpidos habitantes, que son los chinches de esas magníficas casas, cuando les decís que su villa es hermosa, simpática, admirable, abren los ojos con asombro y os toman por loco. El hecho es que los bretones no comprenden ni pizca lo que es Bretaña. ¡Qué perla y qué puercos!

He querido escribiros porque os quiero, amigo Luis; porque sois uno de los más bellos y generosos encuentros de mi vida, y espero que ese encuentro durará hasta el término del camino de entrambos. Mi corazón está siempre con vos, bien lo sabéis, Luis, ¿no es cierto? Pero en la obra que realizo, y de la que veréis dentro de poco, así lo espero, alguna muestra, siento á veces la necesidad de dejar París y su gritería, más eterna que el agradable mugido de un Océano; pues me canso con frecuencia de vuestra ciudad y de ver toda la tontería humana que puede espumar cuando toma á pechos una idea.

Os quiere con todo su corazón y os estrecha la mano

VÍCTOR H.